



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MÉXICO



ESTADO DE
MÉXICO
¡El poder de servir!

EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN, CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN

OJOS DE LLUVIA

José Gabriel Espínola Reyna

Ilustrado por Eligio Ortiz Santana



COLECCIÓN DE CUENTOS

«CONVIVE»







GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MÉXICO

Delfina Gómez Álvarez
Gobernadora constitucional

Miguel Ángel Hernández Espejel
Secretario de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación

Elsa Lourdes Fuerte Robles
Directora general del Consejo para la Convivencia Escolar

Ojos de Lluvia

© Primera edición: Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación del Gobierno del Estado de México, 2024

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo Poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© José Gabriel Espínola Reyna, por el texto

© Eligio Ortiz Santana, por las ilustraciones

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 228/09/06/24 (publicación electrónica)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo para la Convivencia Escolar.

OJOS DE LLUVIA



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MÉXICO



EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN, CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN

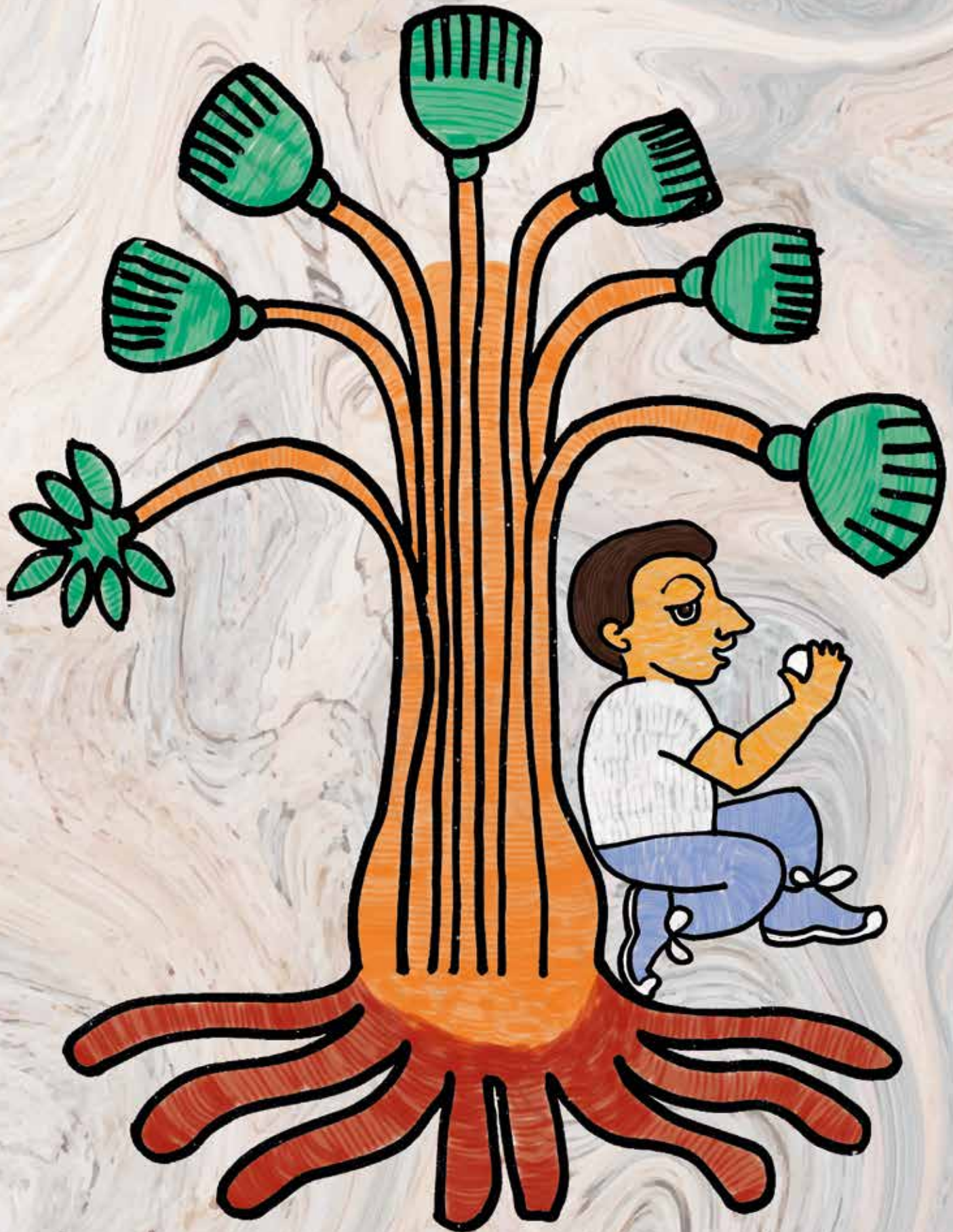
CONVIVE
CONSEJO PARA LA
CONVIVENCIA ESCOLAR

OJOS DE LLUVIA

José Gabriel Espínola Reyna

Ilustrado por Eligio Ortiz Santana





OJOS DE LLUVIA

Al fin sonó la campana para salir al receso. El primer día de clases en ese lugar desconocido, tan distante de la capital del país (donde hasta entonces había vivido), no le resultó nada divertido a Rodrigo. Todo lo contrario: sin amigos y con una maestra que hablaba tan peculiar.

Ahora vivía en ese caluroso y enigmático pueblo que parecía brotar de la espesa selva, como si sus construcciones formaran parte de la vegetación. Todos sus compañeros lo miraban y se reían a hurtadillas; además de que no podía jugar fútbol, su deporte favorito. De plano a Rodrigo le parecía estar en otro país. O por qué no, hasta en otro planeta.

Después de tres largos y aburridos días de haber llegado a Tixhualactún, selvática población de Yucatán, Rodrigo y su familia solamente habían conseguido desem-

pacar e instalarse en su nueva casa. Él, según amenazó con rabia a sus padres, no pensaba acostumbrarse a esta nueva y diferente rutina, a la que había sido obligado por el trabajo de su papá, un antropólogo muy reconocido.

Perdido como se sentía, no atinó más que sentarse a comer su lunch a la sombra de un hermosísimo árbol gigante. Después averiguó que se llama ceiba, una especie que abunda por esos lugares. En esa soledad, algo que nunca había visto llamó su atención: la escuela no tenía barda, ni reja o malla alguna que la limitara y que impidiera a nadie salir de ahí. ¡Era libre!

Además, como quedaba a la orilla del pueblo, todo lo que veían sus ojos era la infinita jungla. Y, sin poderlos mirar, escuchaba sonoros y cadenciosos silbidos de pájaros que lo invitaban a descubrirlos.

Tal vez también aullidos o rumores de los animales salvajes que habitan esa espesura inaccesible.

Así pasó un largo rato, con la vista perdida en ese indómito horizonte, tan cercano e inacabable a la vez. Sentimientos encontrados inundaban su espíritu. No sabía si lo que sentía por la selva era miedo o deseos de introducirse en ella.

En su ensimismamiento, llegó un momento en el que perdió la conciencia del lugar en donde se encontraba y, como absorbido por el verdor, su fantasía lo llevó a unirse con la naturaleza. Él, solo en el mundo, era el canto de las aves, el susurrar del viento y el rugir de las bestias. Sintió un refrescante rocío que inundaba su rostro y advirtió un torrente de agua que lo impregnaba de pies a cabeza.

¡Qué aventura! Entregado a la magia de la naturaleza, sus emociones le traían el sosiego que tanta falta le hacía en esos momentos. Sin embargo, para su mala suerte, ese estado no podía perdurar eternamente. No sin cierta dificultad, recordó en dónde se encontraba. Conscien-

te, aunque confundido, volteó hacia todos lados y se percató de que nadie lo observaba. ¡Qué consuelo! Pero ¿cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes de tanta maravilla?

Rodrigo se preguntaba si esta experiencia era la premonición de que algo bueno le aguardaba en esas lejanas tierras o si tendría que estar preparado para enfrentar otros episodios infortunados. Ahora que empezaba a sentirse tan optimista y reflexivo, prefirió confiar en lo primero.

Tan absorto estaba en su nuevo mundo que no sintió a su lado, inesperadamente, la presencia de una de sus compañeras, que se acercó con intención de conocerlo.

—Hola, ¿cómo estás? —anticipó ésta.

—Aquí, ya ves... aburrido —extrañado, no pudo más que balbucear esas breves palabras, con las que casi se atraganta. Carraspeó para aclararse la voz.

—Ya somos dos —respondió ella, también apenada y hasta arrepentida de haber iniciado una plática sin futuro aparente.

Aun así, sin meditar si le importaría a su nuevo compañero, se sentó frente a él en una de las espectaculares raíces de la ceiba. Durante un buen rato de silencio, sin encontrar un tema de conversación que valiera la pena, sólo se escuchaban los rumores de la selva. Pero los sonidos de la naturaleza, cuando son escuchados con veneración, siempre inspiran la unión entre seres humanos, y entre éstos y la madre Tierra. Así que, casi al unísono, por fin se atrevieron a preguntar:

— ¿Cómo te llamas?

—Tú primero.

—No, tú primero.

—Primero las mujeres.

—Ahora resulta que los niños de la ciudad son muy amables, ¿no?

Para evitar un diálogo interminable, el chico tomó la iniciativa. Respondió tajante, sin intención de ser grosero.

—Me llamo Rodrigo. Ahora, tú, chica de la selva, ¿cómo te llamas?

—Ni creas que me molestas con eso de “chica de la selva”, ¿eh?

A pesar de que quiso hacerse la valiente ante “el nuevo”, en el fondo, la chica no estaba tan segura de no sentirse ofendida. Sí, era de la selva porque nació y vivía allí, pero no era todo lo que la definía: también era una joven estudiante del siglo XXI, orgullosa de sus raíces, pero con muchas ganas de conocer el mundo, y eso nadie lo iba a cambiar.

—Bueno, perdón, no lo dije para molestarte. ¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es... —lo pensó mucho, pero por fin dijo simplemente— Natalia.

—¿Natalia?

—Sí, Natalia, ¿qué?, ¿no te pareció?

—No, no. Está bien. No te molestes. Sólo es que —el chico trató de pensar muy bien lo que iba a decir para no aumentar el



malestar de su compañera. Sin embargo, todo atropellado y disperso, balbuceó—, es que me imaginé que tenías otro nombre... diferente. Tal vez algo relacionado con los mayas... Mi papá al venir aquí me explicó algunas cosas de los habitantes de esta zona, sus ancestros y sus costumbres. Él a eso se dedica, es antropólogo; pero sí, me gusta tu nombre, Natalia... y tienes unos ojos grandes, claros y bonitos, porque, como eres morena y tu cabello es tan oscuro y brillante...

¡Pero qué le pasaba a Rodrigo! Al mirar un resplandor en los ahora más grandes ojos de Natalia, advirtió que ella se sonrojaba por lo que le decía y detuvo en seco su “discurso”. Recapacitó y se enfrentó con la vergüenza. Sus intenciones habían sido honestas, espontáneas. Y además decía la verdad: Natalia era bonita y tenía unos hermosos ojos claros, cuyo color no alcanzaba a definir.

Tal vez los niños de esa región tenían otras costumbres y no se decían las cosas tan directas como él lo había hecho. ¿Cómo saberlo? ¡De plano la regó! No pudo hablar más. Se hallaba verdaderamente afli-

gido. Sin buenos resultados, quiso ofrecer disculpas:

—Oye, per... perdóname; es que tus ojos...

—No, no, no...

Aunque al interrumpirlo, Natalia lo liberó de tener que decir más, tampoco ella fue capaz de expresar gran cosa. Su impresión había sido mayúscula. Nunca nadie se había fijado en ella como Rodrigo hace unos instantes. Complacida, deseó agradecerle y pedirle que la siguiera describiendo, pero no se sintió con fuerza para emitir palabra alguna. A la vez, su timidez le urgió a salir huyendo, aunque con seguridad en esos momentos sus agobiadas piernas no podrían llevarla a ningún lado.

Durante largo rato, ninguno de los dos consiguió sostenerle la mirada al otro. Sólo de vez en cuando intercambiaban sonrisas furtivas. Hasta después de algunos instantes que parecieron siglos, por fin Natalia enderezó el rumbo de la charla.

—Y... ¿no te gusta la selva?, ¿o la prepa? ¿O por qué estás tan aburrido?

—Es que aquí todo es tan diferente. No tengo amigos. Y se me hace tan extraño que en tercer semestre nada más tengamos una maestra... Pero tal vez aquí todo sea distinto, ¿verdad?

—¡No me digas! Yo no sabía eso. Aunque mañana viene otro profesor, eh. Pero ¿qué se siente? Digo... venir de otro lugar, conocer más gente, tener amigos en diferentes lugares. Yo estoy esperando terminar la preparatoria para irme a continuar mis estudios a otro lado. Y... ¿te digo una cosa?, tal vez ya no regrese nunca. Aquí no hay mucho que hacer.

Sus miradas al fin se encontraron. A ambos se les iluminó el rostro a pesar del persistente sonrojo. Intrigado por lo que acababa de escuchar, Rodrigo no entendió bien lo que su nueva amiga en realidad intentó explicar. Decidido a no volver a cometer alguna indiscreción que la hiciera sentir mal, sutilmente se atrevió a cuestionar:

—No te entiendo. ¿Cómo puedes decir eso? Si aquí tú eres libre. Me cuesta trabajo reconocerlo, pero lo tengo que aceptar. En la selva hay tanto que conocer... No

tienes más que observar y sentir; como dice mi papá: “Ves bullir la vida por todos lados”.

—En eso tienes razón. Mi abuela dice que la selva es para la flor y para las aves, grande para el sol y para la luna, selva para el jaguar y sus presas. La selva, si quiere, se manifiesta risueña o despierta llorando, triste o riendo. La lluvia es la vida para la selva y la selva es la bóveda que nos sostiene. La selva es la vida para plantas, animales o humanos; la nuestra y la de nuestros antepasados y la de todos los que han de venir. Por eso es perenne. Dice que por eso es nuestra. Tan nuestra que debemos amarla, respetarla y cuidarla. La selva, la lluvia y toda el agua forman el ciclo de la existencia.

—¡Qué hermoso! No sé qué decir. Oye, y ¿tu abuela es maya?

Rodrigo comprendió que otra vez se había equivocado y su semblante se ruborizó.

—Perdón, no quise decir eso.

Y es que todavía no sabía cómo actuar con Natalia, así que volvió a quedarse en silencio, esperando que ella lo rescatara.

—No, no. Está bien. Aunque mi abuela dice que ella es la nieta de los mayas.

—Entonces tú eres la tataranieta de los mayas.

¡Otra vez! De plano Rodrigo no aprendía la lección. Desde luego, la respuesta no se hizo esperar.

—¡Nooooo! —la niña negó lo que para él parecía una irrefutable evidencia de sus raíces.

Más confundido que nunca, deseaba que el piso se abriera bajo sus pies y se lo tragara la tierra. ¡Había sido tan inoportuno otra vez! Decidió no seguir cuestionando los orígenes indígenas de su compañera. Aunque a él le parecía un hecho emocionante y especial, no era difícil reconocer que eso incomodaba a Natalia. Con gran dificultad, mirando hacia el infinito, intentó cambiar de tema.

—Antes de que llegaras escuchaba la selva.

—Sí, te vi. La verdad es que me arrepentí de haberte interrumpido, pero como te veías tan solo se me ocurrió venir a platicar contigo.

—Pues, qué bueno —con alivio, aunque sin gran emoción, Rodrigo respiró profundamente, buscando recuperar su confianza ante la muchacha—. Fíjate que, ahora que lo pienso bien, me gusta mucho la selva. Quisiera poder interpretar lo que dice de ella tu abuela. Recorrerla y conocer sus plantas, sus animales. Ir hasta esa caída de agua que se escucha a lo lejos, ¿la conoces?

—Claro. Ahí nací —con cierto dejo de presunción, pero aún con incertidumbre de revelar demasiado, la niña intentó explicar algunas cosas de su procedencia—. Bueno, no nací adentro del agua, por supuesto. Pero antes mi familia vivía allá, adentro de la selva, junto a los veneros, donde nace el agua, “agua de *haltún*”. Así se le llama porque brota de pozas ocultas en la espesura, más adelante, cae hasta la



barranca y hace el ruido que oyes. Francamente no sé cómo lo alcanzas a escuchar, porque la cascada queda bien lejos.

La chica en verdad estaba admirada de que Rodrigo tuviera esa capacidad de asombro y, además, de que pudiera escuchar los sonidos de la selva. Para ella todo resultaba tan normal que sólo cuando sucedía algo realmente extraordinario se percataba de ello. Por lo demás, comprendía que, pese a todo, la selva y ella estaban unidas por raíces indisolubles; a pesar de lo cual, no pensaba confesárselo a su compañero. Al menos no por ahora.

—Durante el trayecto hasta acá, mi papá me contó que para los pueblos mayas el agua es vital y que la cuidan con veneración. Por eso llueve tanto en la selva. Bueno, no quiere decir que para nosotros no sea importante, ¡eh! Pero en la ciudad no hacemos más que darle vuelta a la llave y sale el agua. Al menos hasta ahora así sucede. Algunos de mis maestros nos advierten que pronto se va a acabar el agua.

—Sí, te entiendo. En las ciudades todo es más fácil. Yo por eso me quiero ir de Tixhualactún; porque mucha gente nota esas diferencias y a veces se sienten superiores.

—Oye, en muchas costumbres sí somos diferentes, pero eso no es malo. Al contrario. Por ejemplo, yo quisiera saber tanto como tú de la naturaleza. Y saber explicar todo tan bien como tú, que te expresas tan padre de la selva y del agua. Pero, ¿por qué te avergüenzas por eso? Pe... perdón... perdóname.

Rodrigo intentaba explicarle y explicarse que las diferencias entre ellos eran buenas, pues significaban una riqueza importante de la naturaleza humana. Y que, por el contrario, la uniformidad empobrece el espíritu. Todos tenemos los mismos derechos; sólo en esto y en la igualdad de oportunidades deberíamos ser idénticos, pero no cuando hablamos de las culturas o las personas. Pero definitivamente no sabía cómo expresarlo. En su cabeza todo esto daba vueltas, pero sus palabras no atinaban con la propuesta correcta. Además, no quería volver a incomodar a Natalia ahora que empezaban a en-

tenderse. Los sentimientos encontrados que al principio parecían distanciarlos se habían convertido en una atracción que paulatinamente los acercaba más y más.

—No te preocupes. Y para nada me avergüenza. ¿Quieres que te lo demuestre? Sólo porque veo que eres sincero, te voy a platicar de Yuum Cháak,¹ el dios de la lluvia de los mayas, como me lo contó mi papá y a él su papá... y así sucesivamente desde nuestros antepasados. ¿Te parece?

Por respuesta, Natalia recibió una discreta sonrisa y una mirada de aprobación que comprendió de inmediato.

—Yuum Cháak no sólo es dios de la lluvia, sino del rayo, del relámpago y del agua toda. Yuum Cháak, antes de ser dios, fue un hombre que hizo grandes cosas por los mayas. Él enseñó la agricultura a nuestro pueblo; por eso también lo consideramos el dios de los maizales. Pero fue tan grande y poderoso que, con ayuda de los mayas, se robó el principio de la vida:

Canhel, la serpiente emplumada de vida. Así, también se convirtió en dios del agua; gracias a él tenemos milpas, pues desde tiempos milenarios nos protege en todos los caminos de nuestra cosmogonía. Desde pequeños, aprendemos que formamos parte sustancial del ciclo del agua en todas sus formas: nubes de vaporoso rocío, embalses profundos del silencio de las piedras, hielos de las montañas cuidadosas de los vientos, respiración de todos los seres y lluvia, sustancia del maíz y de las cosechas.

Rodrigo estaba cautivado. Observaba una rara luminosidad en los claros ojos de Natalia mientras ésta le relataba la historia de su dios de la lluvia. Notó que aquel relato la enorgullecía. Él seguía sin comprender por qué la joven quería abandonar aquel maravilloso lugar.

—¡Órale!, ¡qué increíble! Todo lo que se puede aprender en un recreo. ¡De verdad me impresionan tus conocimientos sobre los mayas y sobre el agua! Ya no me siento tan ajeno a este lugar, por lo menos ahora conozco uno de sus mitos.

¹ Para saber más acerca del agua en la cultura maya, te recomendamos leer el siguiente texto. Mercedes de la Garza. (2009). Chaac, la sacralidad del agua, en *Arqueología Mexicana*, 16 (96), pp. 35-39.

Mientras Rodrigo reflexionaba entusiasmado sobre la enorme importancia que la naturaleza, en especial el agua, debía tener para la humanidad, Natalia se cuestionaba si fue prudente haberle narrado algunas de sus creencias a alguien a quien apenas conocía. Pero Rodrigo le había inspirado confianza y un agrado que nunca antes había sentido por un chico. Así que, a pesar de su incertidumbre, se atrevió a preguntar:

—Y, ¿qué te parece?

—Increíble. Estoy admirado. Tanto que empiezo a sentirme bien aquí. Voy a aprender muchas cosas. Y no en la escuela, eh.

—¡Eres tan extraño! A quién le importan nuestras tradiciones...

A esas alturas de la charla, cuando ya se habían olvidado incluso de volver a clase, después de la familiaridad demostrada por Natalia, Rodrigo consideró que ahora sí estaba en posición de cuestionar a su amiga acerca de ese desdén hacia sus propias costumbres. Se armó de valor e hizo todo lo posible por ser asertivo.

—Oye, Natalia, pero sigo sin comprenderte. Y no sé si tú puedas explicarme. En estos momentos, a mí me sucede lo contrario que a ti. Cuando mis papás me dijeron que veníamos acá, yo me molesté mucho y dejé de hablarles. Ahora puedo decirte con seguridad que estaba equivocado. Y tú eres quien ha provocado que yo comience a enamorarme de este pueblo, de su gente y de la selva. Pero presiento que tú no amas del todo este lugar, ¡tu lugar!

Por primera vez alguien se atrevía a hablarle de esa forma a Natalia y, además, con razón. Aunque pudiera tener motivos de sobra, era notorio que ella vivía muy poco entusiasmada con sus raíces indígenas. Decidió ser sincera y, aunque le costaba sentirse vulnerable, intentó explicar las razones de su frustración.

—No es que no me guste mi pueblo. Y quiero mucho a mi familia. Pero lo que tú no sabes es que los mayas y otros pueblos indígenas hemos sido discriminados durante mucho tiempo y hemos vivido sin los mismos derechos que el resto de la sociedad. Pareciera que nada más en



nuestro pueblo podemos vivir en paz. En pleno siglo XXI, ¡imagínate! Y yo no inventé esto, eh. No soy la única que piensa así.

Rodrigo advertía la rabia que la joven proyectaba al hablar de esta desigualdad absurda. Natalia pretendía demostrar a su compañero la innegable herida que aún hoy duele a los pueblos originarios. Prosiguió con su argumento:

—En las ciudades nada más nos escuchan hablar en nuestra lengua y nos miran feo. Por eso estoy segura de que a la mayoría de la gente no le importa qué pensemos. Cuando suceda, quiero que mis hijos tengan otras oportunidades, lejos de aquí, y gocen de todos los derechos habidos y por haber. Por mi parte, yo casi ya ni hablo como mis papás. Les entiendo, pero yo siempre les hablo en español. Y, como ves, vestimos igual que cualquiera.

Rodrigo se había quedado de una sola pieza. No sabía qué decir. Así como antes de venir desconocía por completo a qué se iba a enfrentar tan lejos de la ciudad, ahora reconocía que se hallaba ante una realidad tan cautivadora como compleja.

Se angustiaba porque no lograba entender que aún en la actualidad persistieran creencias tan humillantes, que más bien parecían de la Edad Media o de la época colonial. A pesar de ello, se afanaba en convencer a Natalia de que estaba equivocada:

—Pues yo creo que estás mal, chica. Pienso que deberías estar orgullosa y, si es preciso, defender tus derechos: todo lo que eres ante quien sea. Si quieres, yo estoy dispuesto a ayudarte. Los mayas son una cultura muy valiosa. Yo no puedo ser maya, pero mientras viva aquí aprenderé todo lo que pueda, ¡hasta a hablar maya!, ¿cómo ves?

—¡Estás loco! A ver quién te enseña.

—¡Pues tú! Yo no muerdo.

—Ja, ja. Si no te tengo miedo, ¡qué te pasa!

—Pues parece como si me lo tuvieras. Y si no, ¿a qué le tienes miedo?

—A ti no te tengo miedo, sino a este mundo. Por eso me voy a ir de aquí.

—¡Pero qué necia eres! Ya, en serio, ¿de qué tienes miedo?

Natalia, con la vista perdida en el verdor de la selva, sabía que no tenía escapatoria para no responder. Pensó detenidamente lo que iba a contestar. Se sentía vulnerable por lo que Rodrigo pudiera pensar de ella. Quizás, como muchas otras personas, no la valorara por su origen.

—No sé... tengo miedo —titubeante, con la voz quebrada, dirigía la mirada al infinito, cuando se atrevió a externar—: tengo miedo-de-no-tener-amigos.

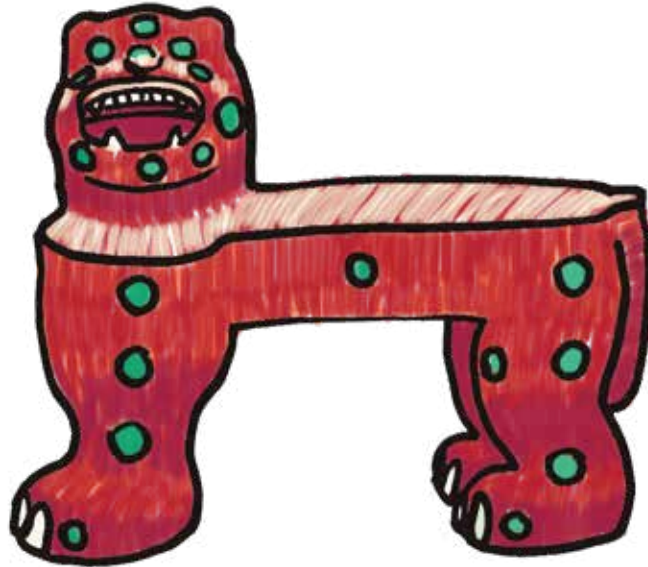
Rodrigo se quedó helado. Esperaba todo tipo de respuesta, menos la que acababa de escuchar. “¡Pero si es una chica tan normal!”, pensó para sus adentros. De repente, en una fugaz inspiración, recordó las frases que minutos antes no había podido concluir. Con un movimiento irreflexivo, se puso la mano sobre el corazón y le habló a su nueva amiga con profundo sentimiento:

—Natalia, como dices, tal vez te parezca un loco; pero ahora que te conozco, estoy

seguro de que nosotros podríamos ser grandes amigos. Sobre todo... —hizo una breve pausa intentando mirar el alma de la chica a través de la insondable claridad de sus ojos— porque me sentiría muy feliz y orgulloso de ser amigo de la chica maya con ojos de lluvia.







Ojos de lluvia, de José Gabriel Espínola Reyna, se terminó de editar en mayo de 2024, en Toluca, Estado de México. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Gotham, de Jonathan Hoefler y Tobias Frere-Jones. Formación, ilustración y portada: Eligio Ortiz Santana. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía. Coordinadora del proyecto: Wendy Yaereth Hernández Barrientos. Coordinadora de diseño: Darinka Jocelyn Tinoco González.







GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MÉXICO

